

PROVINCIANOS FRANCESES

I

UN SARA○

Al volver á Francia después de tiempo se experimenta una impresión singular: creemos que hemos salido de allí la víspera, porque lo encontramos todo exactamente como lo dejamos al partir. Francia, en lo referente á costumbres, se diría que se ha estacionado: desde la caída del Imperio, está amanerada. El gran movimiento ascensional que emprendió hace dos siglos no prosigue: la nación adquirió hábitos, una rutina, y de ahí no sale, ó al menos el viajero no nota que salga, por lo cual debe suponer que Francia es ya como esas acartonadas vejezuelas, por las cuales, según suele decirse, *no pasa un día*.

En demostración de lo que afirmo me fijaré en una cosa bien típica de Francia, en que el resto del continente la toma por modelo: las fondas, antaño tan celebradas, para los extranjeros tan atractivas.

No satisface ya la fonda francesa, por lo general (entiéndase que no me fijo en excepciones), las exigencias legítimas de la comodidad y del adelanto. Obstínanse los fondistas, por ejemplo, en escatimar la luz eléctrica, en no llevarla á las habitaciones y en seguir condenándonos al régimen de la apestosa pajueta de azufre—porque tampoco las cerillas han conseguido triunfar de semejante porquería—y de la bujía más ó menos esteárica, que equivale á las tinieblas. Con la bujía ni se puede escribir, ni hacer *toilette*, ni cosa alguna. Y es indudable que la resistencia de los fondistas franceses á la luz eléctrica en las habitaciones no reconoce otra causa sino la socaliña que usan de cobrar aparte la luz y poner por cada bujía un franco. Si se resolviesen á *desamanerarse*, ese franco lo cargarían al total del precio de la habitación, y no nos tendrían á obscuras y tropezando con los muebles cuando volvemos de la calle, mientras buscamos á tientas la pajueta. Nos molestan, nos irritan al contarnos tan cara una luz que no alumbraba, y todo por no decir de una vez: "El cuarto valía diez pesetas: ahora valdrá diez y media, once, pero lo alumbraremos como Dios manda."

Cuando se ve que en Vizcaya, en aldeitas ó pueblos del fuste de Guernica y Galdácano, lucen espléndida iluminación eléctrica las casas más humildes, y se llega en Burdeos al *Hotel de France*, el mejor de la capital, donde se aloja S. A. la duquesa de Montpensier, y se atufa uno las narices con el vaho de la pajueta... dan

ganas de repetir que en esto del progreso material el que se detiene se retrasa, y el que se retrasa se queda tan anticuado como las señoras que se visten de diez modas hace.

Anticuados están aquí en Burdeos los hoteles por otros muchos conceptos. La comida, reducida á veintitantos platos que turnan, es de una monotonía insufrible: han aprendido unos guisos pronto, y los ejecutan al desdén; cuecen la carne toda junta para hacer ese *consommé* que parece el agua en que remojan la suela los zapateros, y después, sobre aquella vianda desabrida, extienden una salsa chocolate, amarillenta ó color rosa, y tan campantes. Al que vaya á fondas así, le recomiendo que se atenga á los *beefsteacks* y huya de salserías y pinques. Cuanto más retumbante sea el nombre en la lista, ¡peor! Huevos pasados y lomo asado; lo demás es farsa.

También la proverbial tacañería de los *hoteles* forma parte de ese amaneramiento á que me he referido. En el *Hotel de France*, de Burdeos, pedí huevos pasados y me trajeron uno, no sin advertirme que el encargar platos *extraordinarios* tenía que pagarse como comida á la lista. Es de advertir que antes de pedir el extraordinario de un huevo, yo había renunciado á dos platos del *menú* oficial. Estuve por contarle al camarero la historia del hidalgo portugués, que llegó á dormir á una posada y dispuso que á cada criado de los que traía le diesen de cena medio huevo.—Les daré uno, señor—contestó el mesonero asombrado.

—Sea, repuso el hidalgo... pero si revientan... acuérdesese que de usted será la culpa.

El amaneramiento se nota en los muebles de las habitaciones (todavía subsisten el eterno reloj de sobremesa, siempre parado, y los reputados candelabros de artístico zinc); en la construcción de las casas, que privadas de maderas en las ventanas, son doblemente frías en invierno y calurosas en verano; en los ferrocarriles, que son de los peores de Europa; en los ómnibus, tan inferiores á nuestros excelentes tranvías; en los teatros, donde se padecen mil molestias; en detalles de esos que no extrañan al pronto, pero que si el paso de los años no los modifica, revelan en un pueblo escasa iniciativa y tendencia á convertir en tradiciones las malas costumbres, cuando la tradición es á modo de harnero en que sólo debe quedar el buen grano, lo hermoso y lo simpático y lo firme de cada civilización y de cada edad.

Tampoco me dió alta idea de las costumbres francesas provincianas, en su aspecto social, una recepción ó sarao del *maire*, á que asistí. Tenía por objeto el sarao agasajar á los miembros de los varios Congresos que se reunieron en Burdeos con motivo de la Exposición, y estaban convidados á ella, como es natural, los funcionarios y la oficialidad de la guarnición bordelesa. Los salones de la Casa Consistorial de Burdeos son vastos y bien decorados; el aparato de la entrada, las plantas y flores que mezcladas con pabellones de banderas tricolor adornaban el vestíbulo, la doble fila de guar-

días con reluciente casco y magnífico uniforme, inmóviles como estatuas; la profusión del servicio de helados y bebidas, la iluminación dentro y fuera del palacio, la concurrencia de extranjeros... todo pudo contribuir á que la fiesta fuese digna de un pueblo refinado y culto, como á pesar de estas observaciones mías no ha de negarse que es el francés. Pero cabalmente esa flor de cortesía y de delicadeza que es el último toque de la sociabilidad, faltó en la recepción del señor alcalde. Permittedse entrar en ella—á pesar de las restricciones de la invitación—á una porción de sujetos tan mal trajeados y de traza tan burda, que daba risa verles discurrir atónitos por aquellos salones. Serían gente quizá muy honrada; lo cierto es que no vestían como se viste para asistir á ceremonias tales, pues parecían cargadores y faeneros del muelle. En señoras hallé ejemplares curiosos, de caricatura; y en cuanto al elemento militar, ví no sin extrañeza que los oficiales, en sitio donde había damas y también generales del ejército, sus superiores jerárquicos, hablaban á gritos, empujaban, manoteaban, permanecían con el chacó fijo en la cabeza, lo mismo que si llevasen dentro algún pajarito que se pudiese volar. ¡Ah! ¡cuán difícil es pulir, afinar, prestar barniz á una nación!

Ya sé que no falta quien crea que carecen de importancia estas cuestiones. Los que tal creen están ya á dos dedos de echar al sombrero un tornillo; los que tal creen olvidan que la civilización no es sino una lenta y difícil victoria so-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1825 MONTERREY, MEXICO

bre los instintos groseros y anárquicamente egoístas del estado salvaje, y que esas fórmulas de buena educación, repetidas un día y otro, llegan á constituir hábito, ese hábito á transformarse en *carácter*, y el carácter á hacer veces de rectitud y bondad, que no poseen en igual grado todos los individuos. La buena educación es gracia, es dulzura y es también virtud. Decíame un amigo legitimista (como muchos que hay en Burdeos): "Todo lo puede improvisar una república—ejército, marina, instrucción, agricultura, hacienda—todo, menos la sociedad. Ya no tenemos sociedad en Francia."

II

UN CONGRESO

Sólo pude asistir á una sesión del *Congreso de lenguas romances*, el único de que quise formar parte entre los muchos que se reunieron en Burdeos con motivo de la Exposición Universal; pero la sesión fue interesante y el Congreso merece que se le dedique alguna atención.

Como no he de engañar á mis lectores ni aun con buen fin, confesaré que al Congreso apenas acudió gente. Adhesiones hubo unas sesenta ó setenta; concurrentes, unos veintiocho, poquísimos para un Congreso internacional. De las naciones invitadas respondió Rumanía: Portugal, Italia y España no. Yo era el único español asistente al Congreso; y en realidad, no era congresista, era invitada especial que recibía cortés y entera hospitalidad de la *Société philomatique*. El personal del Congreso lo componían franceses, entre los cuales descollaba el ilustre hispanófilo Ernesto Merimée. Y los organizadores del Congreso mismo fue-

ron españoles, como el entusiasta navarro Sargadoy, é hispanófilos como el muy docto Armando Tréverret, que nos presidía con tino y competencia. De todo sabe este profesor francés, y en todo interviene, y todo le agrada en siendo español. Le debemos amistad y gratitud los nacidos aquende el Pirineo.

Las sesiones del Congreso se celebraban en la *Faculté des lettres*, en cuyo vestíbulo el mausoleo de Montaigne—que adorna la estatua yacente y armada de punta en blanco del gran moralista—inspira ideas estudiosas y parece que convida á las elevadas tareas del espíritu. Los congresistas que nos saludábamos cordialmente á la puerta y hablábamos todos á la vez—á fuer de legítimos meridionales—desde que entrábamos en sesión nos poníamos graves y pedíamos la palabra, según la parlamentaria costumbre. Había tres señoras y un sacerdote entre los congresistas: el sacerdote, poeta felibre, semejante hasta en la figura á Mosén Collell.—El día que me tocó en suerte hubimos de examinar una comunicación que nos dirigía el inventor de un nuevo idioma universal, que para construir la algarabía de su cosecha tomó por base el latín, y estropeándolo hizo una jerga, una especie de *lingua franca*, sumamente salada y cómica. Para muestra nos enviaba el Padrenuestro escrito en este idioma especial, y las risas del sacerdote provocaron las de los demás congresistas, porque lo cierto es que no se concibe un Padrenuestro más raro que aquel.

Algunos opinaban que ni se debía discutir el

proyecto; otros creían que sí, y la cosa dió pretexto á una disertación sobre el *volapük* y las reiteradas tentativas de fundación de una lengua con la cual puedan entenderse todos los hombres de cualquier raza y nación. Conviniémos en que no se verá realizado jamás este sueño: en primer lugar, porque la inmensa mayoría de los hombres no sabe ni su propio idioma y carece de capacidad para aprenderse otro de adorno casi; en segundo, porque las diferencias fonéticas, los modos de pronunciar, bastan para hacer ininteligible un idioma en dos países diferentes. Sólo las personas que ya poseen cierto grado de cultura pueden darse el lujo de tener dos lenguas... El comunismo intelectual es acaso el más imposible de los comunismos; es preciso resignarse á que así como infinitos individuos son toda la vida feos, grotescos, enfermizos, malos, antipáticos y viciosos, otros muchísimos han de ser ignorantes, inductos y legos. A bien que para lo que había de servirles á las nueve décimas partes el idioma universal...

Sin transición pasamos á un idioma viejísimo, al más castizo de los romances, hasta en el nombre—el rumano.—Esta pequeña nación, que ha llegado tarde al famoso y no siempre armónico *concierto* de las civilizadas, fue la que mejor respondió á la convocatoria del Congreso filológico. Rumanía tiene empeño en lucirse, y proyecta nada menos que reunir ella otro Congreso latino, celebrar fiestas y convidar á Bukarest á alguna gente de pró, llevándosela

después de excursión á Constantinopla. Nadie ignora la influencia benéfica ejercida en la civilización rumana por la ilustre señora que ocupa el trono; la mejor obra de *Carmen Silva* son sin duda las escuelas, colegios, hospitales, Universidades, clínicas y talleres de que ha sembrado un territorio atrasadísimo aun á mediados de este siglo. Hay mucho de simpático en el afán de la recién venida Rumanía por no desperdiciar ocasión de distinguirse y brillar.

Cuatro rumanos han venido al Congreso. Uno de ellos, profesor, nos leyó una Memoria sobre el estado actual de la literatura en su patria; otro, cuyo apellido es Stevanu, explicó y analizó la lengua rumana, y nos admiró demostrándonos cómo una pequeña colonia de gente latina, perdida entre eslavos y turcos en los confines del bárbaro Principado de Montenegro, sometida hoy á una nación y mañana á otra, conservó inalterable su hermosa y noble lengua, y habla ahora un latín apenas modificado en las desinencias, construyendo frases que casi son latín del más puro.

Cuando al día siguiente di mi conferencia sobre Literatura española contemporánea, ante un público que me alentaba con su religiosa atención y sus aplausos, los rumanos eran sin duda de los que mejor me *seguián*. En estas naciones jóvenes de puro viejas hay una ilusión, un entusiasmo que va extinguiéndose en las otras. Rumanía se ganará sus espuelas de oro. Dios sabe si está reservado á este rezago de la augusta Roma un glorioso porvenir.

No es el Congreso de las lenguas romanas el único que se ha reunido en Burdeos con motivo de la Exposición. A la gira por las viñas del Médoc asistieron más de sesenta miembros de Congresos diferentes. La excursión báquica, que detenidamente contaré, nos permitió cerciorarnos de que las ciencias y las letras inspiran templanza. Se necesita poseer en alto grado esta virtud cardinal para pasarse dos días visitando bodegas y catando añejos vinos (cincuenta y dos clases de ellos nos sirvieron en un almuerzo tan solo) y no marearse. Eramos cerca de ochenta excursionistas, y entre tantos bien podía haber alguno á quien se le subiesen á la cabeza las continuas libaciones. Los bordeleses afirman que con Burdeos no se embriega nadie; que es tan honrada la condición de ese vino, que alegra, fortifica, sostiene y no trastorna el seso. Lo seguro es que en esta ocasión el Burdeos dió pruebas de su excelente índole.

Más que las bodegas—porque soy una *aguada* incorregible—me agradó el lindo castillo de Beychevelle, un tiempo residencia del duque de Epernay. Preguntando el origen del nombre de *Beychevelle*, dijéronme que los barcos que surcaban el Gironda, al pasar ante el castillo del gran almirante de Francia, en señal de respeto y saludando bajaban las velas, y que de *baisse voile* se hizo *Beychevelle* que hoy se pronuncia.

III

POR LAS BODEGAS

Burdeos es un nombre escrito con tinta de espléndido tono granate sobre fondo verde: al acordarnos de Burdeos siempre evocamos las bodegas frescas y silenciosas donde duermen, cubiertas de venerable polvo, las botellas y donde las cubas guardan el néctar... (digno de mayor estimación de la que yo le otorgo, porque prefiero el agua). Burdeos, en suma, tiene cifrada su gloria, más que en ser patria de Montaigne y Montesquieu, en producir los vinos de mesa más renombrados y exquisitos de todo el orbe, y cualquiera, por poco devoto que sea de Baco, acepta gustoso si le convidan á visitar esas *caves* famosísimas.

La invitación era nada menos que para dos días. Nos ofrecían que por espacio de cuarenta y ocho horas recorreríamos los *chais*, sin otro intervalo sino el indispensable para almorzar, comer y dormir. El tiempo consagrado al sueño sería el único en que no nos rodearían botellas y vasos; por lo demás, en la mesa y fuera de

ella los cosecheros se proponían ahogarnos en olas de lo añejo, declarando que cuanto más bebiéramos mayor sería su satisfacción y gusto. El alojamiento se nos brindaba en los castillos y quintas de los mismos cosecheros. ¡Gran programa para un ferviente adorador del zumo parrall!

Parecióme algo excesivo, y juzgué que con unas horas de expansión por los *vignobles*, bastaría para ver el país, enterarse de cómo se guarda el precioso vino, probarlo de algunos de los más ensalzados *crus*, y cerciorarse de que *Chateau Lafite* y *Chateau Margaux* están en el mapa. Dejamos, pues, que se nos adelantase el grueso de los expedicionarios, y la mañana del segundo día, acompañados por el sabio literato Armando de Treverret, catedrático en la facultad de letras de Burdeos y presidente del Congreso de lenguas romanas, salimos, aprovechando un ferrocarril vinatero, hacia la privilegiada comarca del Médoc.

Nos bajamos en Pavillac, y un cochecillo nos llevó, por entre viñedos cultivados lo mismo que jardines, al *Cos d'Estournel*, donde nos aguardaba la primer libación excelente de 1887. La bodega y el castillo dominan amplia extensión de feraz llanura formada por esas *graves* pedregosas, en apariencia infértiles, y donde en realidad se produce el mejor vino. El verdor alegre de los viñedos, donde el racimo aún no negrea, contrasta con el tono de acero del caudaloso Gironda, que corre sesgo y apacible al pie de Pavillac. Esta perspectiva la disfrutamos

encaramándonos por una escalera asaz estrecha al mirador del mal llamado castillo, que es en realidad una vivienda de caprichosa arquitectura, con pabellones chinescos y torres aisladas y pseudo-góticas. He podido convencerme en esta excursión de que en Francia dan el nombre de *chateau* á cualquier cosa; después de recorrer *chateau* un día entero, no he visto sombra de *castillo*. Quintas muy amenas, sí; los cosecheros viven bien y entre la bodega y la casa sitúan el jardín y el parque.

Del *Cos d'Estournel* resolvimos volvernos á Pavillac, por acudir puntualmente á la hora del banquete, que había de celebrarse á las doce en las Casas Consistoriales. La *Pavillac* romana es una villita, cabeza del Médoc, y en su *mairie* aguardamos á los demás congresistas, siendo testigos de los afanes que el alcalde monsieur Perier—pariente del presidente de la república que reemplazó á Carnot—se tomaba para arreglar la mesa y acomodar en ella á los sesenta ó setenta convidados que llegarían muy pronto. No tardaron en estallar las formidables bombas, que allí como aquí anuncian las solemnidades en los pueblos, y una cáfila de coches soltó su carga á la puerta de la *mairie*, donde hizo irrupción la alegre tropa de congresistas (no se tome por donde quema esto de *alegre*), que lucía en el pecho ó en el ojal el distintivo del lacito rosa, y nos condecoró inmediatamente con él.

Entre la comitiva había damas, el presidente del comité de la Gironda, el marqués de las Ca-

ses, el ex ministro Yves Guyot, y no pocos cosecheros ricachones, entusiasmados, deseosos de embriagar al Universo.

Para describir el banquete había que robar la pluma á un Flaubert. Nunca tendré ocasión más propicia de reconocer hasta qué punto es fiel la pintura que de las costumbres provincianas trazó el autor de *Madama Bovary*. Las diferencias entre la provincia y la capital en ninguna parte se señalan tanto como en Francia, uno de los países más estacionarios que existen. ¡Cuánto candor, cuánta inocente pedantería en los brindis y discursos! ¡Qué perfume tan arcaico y tan realmente provinciano exhalaban las frases del señor alcalde, persona por todos estilos respetable, de blanco mostacho, farmacéutico de profesión, cuando al dirigirse á las señoras y sobre todo á las señoritas allí presentes hablaba de la *douce faiblesse* que inspira *ce sexe charmant!* ¡Qué de madrigales á los ojos, madrigales sugeridos por la comparación entre los efectos de esos mismos ojos y los del generoso y rancio vino! Y tampoco Yves Guyot se quedaba atrás: en opinión suya, el vino de Burdeos es origen de todas las ideas galantes y de todas las militares proezas.

Mezclando lo dulce á lo útil, allí se habló despacio, entre anacreóntica y madrigal, de enología, de abonos minerales, de la filoxera, de la libertad de comercio y hasta de la importación de caldos españoles. Un químico, viejecito, arrugado, casi exangüe, se irguió con una copa de Saint Stéphe en la mano, para dar á los bodegueros

la desagradable noticia de que el sulfato, en que se gastaban tantos millones, era su mayor enemigo; ¡sí, su mayor enemigo! ¡Un traidor, un canallita hipócrita, el tal sulfato! Y el ex ministro nos sorprendió diciéndonos que al Burdeos sólo le faltaba para ser estimado ser conocido. Todos brindaban, y los vivas resonaban estrepitosos. Yo estaba viendo la famosa escena de los comicios agrícolas, de Flaubert.

No es mi propósito ridiculizar estas costumbres. La apoteosis de lo que enriquece á una comarca es muy natural en los que aprovechan la mina de oro, y yo pagaría mal la hospitalidad y el puesto de honor que se me concedió en el banquete de los cosecheros, si no reconociese que este espíritu local, en apariencia estrecho, es una fuerza y permite á una región engrandecerse, ayudando á engrandecer la patria. No empleo la ironía para describir aquella fiesta típica y curiosa; si algo sentí fue envidia. De estos banquetes deseo muchos para España.

Por otra parte, no sé qué prueba más alta de cultura cabe dar, que resistir al embate de *cincuenta y una* clases de vinos diferentes, sin que nadie se descomponga, ni á nadie, al levantarse de la mesa, le flaqueen las rodillas ó la lengua se le trabe. Hubo cordialidad y regocijo, y no mareo ni vértigo. Desfilaron, como digo, cincuenta y una marcas selectas: la más reciente, de 1890; la más añeja, de 1864—un *Laucassade Milon*, más fuerte que un toro de Veraguas.

Eran todos los vinos tintos, á excepción del *Chateau Loupdat*, que se sirvió con el pesca-

do, y que se asemeja al Sauterne. El señor alcalde, que estaba á mi lado, se escandalizaba de verme poner trozos de hielo en un *Cos d'Estournel retour de l'Inde*, que se vende á veinte duros botella, y que ganó fortaleza, color y aroma especial con haber pasado el Trópico, y navegado y corrido aventuras. Me guardé muy bien de confesarle al señor alcalde que apenas distingo unos de otros estos vinos, que, á no dudarlo, serán diferentísimos para el inteligente. Aquí convenían catadores tan expertos como los del *Quijote*; sin embargo, no creo que el probar tantos vinos juntos sea el mejor modo de diferenciarlos.

Aseguran los entendidos que no hay un Burdeos igual á otro; que cada cual tiene su carácter, su fisonomía, su sensación propia, hasta su olor peculiarísimo y su matiz más ó menos encendido. No acierto á explicarme por qué ha de haber diferencia tal entre las marcas. El clima, la situación y la elaboración son exactamente idénticos, al parecer.

El banquete terminó á las dos, y hubo en él más discursos que platos y más vino que discursos; nos esperaba ya la fila de coches para visitar otras *caves*, es decir, para empalmar las libaciones del almuerzo con nuevas libaciones y probaturas. Comenzó la procesión, en la cual los que habían sido prudentes y sobrios con exceso por la mañana pudieron atreverse á catar los vinos, y los que habían cargado la mano antes se abstuvieron, dando evidente muestra de cordura. En este terreno jamás elogiaré bas-

tante á los expedicionarios; merecieron las palmas de la templanza y el lauro de la discreción. La sugestión era poderosa. Cuevas sombrías iluminadas sólo por un farolillo, el vaso preparado sobre la cuba, el licor sin tasa, fresco y con todo su perfume..., y no obstante, nadie apuraba el vaso: lo llevaban á los labios, lo elogiaban, bromeaban, lo devolvían...

Cuatro horas duró el viaje báquico. Cada cinco minutos nos bajábamos al pie de algún *chateau*, cuyos dueños, solcitos, nos ponían en inmediata relación con las cubas. El paisaje, lindo, pero uniforme, se extendía en infinita sucesión de viñedos y más viñedos, *graves* y más *graves*. Al fin encontramos algo que ni era bodega, ni cuba, ni vino, ni viña; y fue el precioso *chateau* del duque de Epernon, que tampoco es castillo, según entendemos en España la palabra, pero una bellísima quinta de las que se ven en los países de abanico de Watteau, y en las cuales suceden los lances de las novelas de Octavio Feuillet: una terraza espléndida, con balaustre y esfinges de piedra, y detrás un ideal pabellón Luis XIV; al frente una serie de prados que tienen por horizonte el río; á uno y otro lado de los prados, altas coníferas y estatuas blancas de diosas; enfrente, en primer término, la escalinata de piedra, con vasos por donde trepan enredaderas floridas; más abajo, sobre la fina *pelouse*, el pilón y el surtidor, que asciende jugueteando y cae en aljofarada lluvia...

Agradable fue el regreso, que la bandada de

mosquitos verificamos por el río, en un vaporcito que se deslizaba como una barca. Después de tanto vino, no hay cosa más agradable que tanta agua, y la frescura que de ella sube y la doble cortina de árboles que guarnece sus orillas. Al Poniente vemos como el reflejo de un incendio, una luz purpúrea, vinosa, que abrasa el cielo, y á cada momento nos deslumbran exhalaciones de calor, relámpagos que no asustan, que no alteran la serenidad de la hermosa tarde. Sobre el puente, la gente joven juega á prendas, entre risas y cháchara, y se celebra el naufragio y repesca de un sombrero, como se celebraría el más divertido sainete. La noche sobreviene cuando ya avistamos las luces del puerto de Burdeos.